

madre después, no pienses ya en los encantos de la tumba porque todo tu sér no será más que un puñado de carne para la fosa y una ráfaga de luz en el espacio infinito.

Y tú, impúbero mancebo que acaricias sobre tu labio sedoso bozo de fina curvatura... tú, que contemplas á la vida desde su aurora más espléndida como se mira desde sus dinteles mágico palacio diamantino reverberante de luz y ópimo de galas, tú... ¿no quisieras morir antes de que en la humana lucha seas otro combatiente más con la frente sudorosa, con la diestra cansada y con la miseria por supremo galardón?

Detén un instante tu pensamiento y medita... acabarás por darme la razón.

¿No es preferible morir, antes que una patria ingrata te abandone miserable sobre el campo de batalla ó en el lecho del hospital?... ¿no prefieres ese plácido sueño antes que tu alma sea por el dolor envenenada, antes que tu corazón rebose de amargura como sinistro cáliz de trágica leyenda puesto en tu pecho como en estrecha custodia por el genio de las humanas desventuras?

¿Morirse cuando el alma coronada de luz levanta su frente al cielo!... ¿morirse cuando el cuerpo apenas sintió del dolor las crueles primicias!... ¿qué dicha mejor?... ¿qué felicidad comparable á tan hermoso sueño?

Muere el jóven y á su muerte todo el mundo llora mientras que al viejo se le desea la tumba ó se le mira indiferente agitarse ya caduco entre la sombra y la luz.

¿Morirse jóven, sí!... ¿morirse cuando la vida reluce como encanto seductor! ¿En ese instante sublime se cree al cielo más positivo, más piadoso á Dios y más halagüena la leyenda de las inmortalidades de ultra-tumba!

Entonces parece que todas las flores del universo tienen para aquel sepulcro más delicadísimos perfumes y entonces la luz de lo creado brilla con su fulgor más deslumbrante; entonces hasta las mismas lágrimas relucen como brillantes de irisados destellos y entonces parece que hasta el mismo gemir es un himno melancólico de las almas que quodan en el mundo entristecidas; entonces el fúnebre cirio tiene algo de antorcheta precursora y entonces el silencio del panteón resulta más conmovedor cuanto más sublime en su mutismo inmenso: entonces pesa el sér y parece que se anhela aquel poético *no ser* como sueño maravilloso de espléndidas visiones; entonces la vida tiene algo de enigma incomprensible y entonces la fosa semeja no sé que blando lecho de encanto indecible!

III

Yo, cuya primera juventud pasó veloz, como trágica jornada; yo que ya me encamino al ocaso del existir de todo humano desengaño; yo vivo sintiendo no haber muerto antes que mi alma palpitate al dolor primero, envenenando mi corazón y desvaneciendo para siempre toda mi fé en nuestra existencia de aquende y allende el pavoroso infinito. ¡Ah, vi genes y donceles!... ¡no sabéis, cuando al oírlo temblais, que más vale llegar arriba cuanto menos se ha vivido en este mundo, en que cifrais vuestros encantos juveniles como temas de divina cantata rutilantes sobre áureo pentágrama! El mismo Dios que dicen os espera allá, donde todo es nada y nada todo á un tiempo, sonreiría de satisfacción cuando viese que sus cohortes angélicas aumentaba con vuestras hermosas figuras; ese Dios tan enigmático os recibiría levantándose benévolo del fulgente trono, en que la fé lo asienta, con una sonrisa más bella que la primera aurora que alumbró el mundo fulgurando su sol primero allá donde existiera el paraíso de mágicas remembranzas; ese Dios, entonces, olvidaría y perdonaría y vuestra llegada á lo que no tiene fin sería día de júbilo para el pecador que espera el rayo y para el santo que antes de llegar allí dudara de su ascensión; día de piedad infinita en que hasta parecería que un momento reposaba la humanidad torturada... Veriais desde allí la tierra voltear en el espacio, como misérrima molécula y al tenderos Dios para bendeciros su diestra omnipotente, ¡con qué gratísima nostalgia recordaríais la apartada tumba sobre cuya losa aun verdean las guirnaldas y las flores!

Si los bardos cantores de las anímicas epopeyas no han tenido para belleza tanta un poema inmortal que sonara constante de uno á otro confín; si el arte que inspira al genio haciéndole iluminar el blanco lienzo, revivir el pesado bloque de que brota la escultura, como milagro positivo de secundarias creaciones deíficas, modular el sonido con todas las melodías de lo más exquisito de la música, no ha tenido una nota, un rasgo, un momento imperecedero para la sublime muerte del joven, hora es de que ese poema sea escrito, esa cultura cincelada y esa música resumida en himno inmenso del universo cuyas cadencias sean tan inextinguibles como el fuego prepotente que alimenta lo creado.

D'AYOT.

Madrid.